

flejo de la convicción del autor de que los puntos de fe siguen siendo válidos en nuestros tiempos).

La presentación de los misterios del infierno y paraíso, como esencialmente relacionales (la comunión o la falta de comunión definitiva con la Trinidad y la humanidad salvada) es un acierto, aunque esa misma opción teológica puede dejar un tanto postergadas las dimensiones corporales y cósmicas de la escatología final humana.

J. José Alviar

TEOLOGÍA MORAL Y ESPIRITUAL

Justo Luis R. SÁNCHEZ DE ALVA, *La luz de la obediencia*, Ediciones Rialp («Libros de bolsillo Rialp», 201), Madrid 2006, 200 pp., 12 x 19, ISBN 84-321-3604-2.

El volumen, como se indica en el título, trata sobre la virtud de la obediencia. También el título apunta la perspectiva desde la que se trata el motivo: como luz para el obrar. Las dos partes de las que consta el libro —«Raíces antropológicas de la obediencia» y «La obediencia en el misterio de la Redención»— señalan, por su parte, la doble dimensión —cristiana en ambos casos— que tiene su ejercicio: nace del hacerse del hombre en su actuar libre y social, y encuentra su modelo acabado no en el hombre, que es un continuo realizarse, sino en el misterio de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que completó la obra perfecta de salvación del mundo y que, según lo que se expone en los libros sagrados, la realizó «en obediencia» al Padre.

En el punto de partida, el autor señala la situación de crisis que vive la

cultura occidental: crisis de referencias y crisis de orientación en el origen de la identidad personal y social. En estas condiciones, parece lógica la aparición de una actitud de sospecha hacia la obediencia. La obediencia parece entenderse como enajenación de la voluntad y dejación de los derechos y las responsabilidades de la libertad. Por ello, el autor no comienza su estudio con la obediencia en cuanto tal, sino que remite a la existencia personal, en cuanto realización de lo que se percibe que uno es. En el realizar lo más propio de uno mismo, en actitud de libertad, el hombre percibe la voz interior que le conduce hacia lo bueno, y también a salir de sí mismo para poder encontrarse. En esa actitud de buscar lo que es «autoridad» para él, descubre la comprensión del mundo y de sus valores, y en esa comprensión descubre la obediencia como camino, como luz y no como imposición. Ciertamente, en el desarrollo de esa búsqueda que es la vida, se encuentra con la tentación de lo banal, de lo inmediato, de lo tangible. Pero en el modelo de vida propuesto descubre la armonía, la «eudaimonia», la vida feliz, más allá de lo sensible, en lo consistente: así libertad y obediencia se componen, y se exigen, en la realización de la vida. Todos estos aspectos se van desarrollando paso por paso en cuatro capítulos que desembocan en un quinto capítulo con el que concluye la primera parte del libro: «Algunas dificultades en el camino». En este quinto capítulo se abordan algunas actitudes —naturales, pero un tanto hipertrofiadas en la cultura moderna— que son obstáculos en el camino de la realización personal. Algunas se perciben más fácilmente, como el excesivo criticismo, aunque otras, como la acedia o la tristeza de alma, socavan los fundamentos quizás de manera más drástica.

La segunda parte, que trata de la obediencia en el misterio de Cristo, señala la obra de Jesús como un nuevo orden del mundo: el que libera al hombre de la esclavitud a la muerte. En ese sentido el autor presenta dos elementos diferentes pero con un mismo origen en Jesucristo: por una parte, el ejemplo de Cristo; por otra, la finalización de su obra en la Iglesia, y en el Magisterio de la Iglesia como guía para los cristianos.

De este resumen de la obra se puede deducir que el tono del libro no está presidido tanto por la exhortación como por la exposición y argumentación. Siguiendo el pensamiento de Benedicto XVI contenido en el discurso de Ratisbona, estamos ante un ejemplo de lo que podría entenderse como la revelación dentro de la razón y la razón dentro de la revelación. El tratamiento que le da el autor es bastante eclesiológico: la invocación de la Iglesia —en muchos textos de los Padres que recoge— es más frecuente que la enumeración de las ventajas psicológicas de la obediencia. El autor se sirve asimismo de bastantes ejemplos de la literatura y de las artes, que, unidos al castellano fluido del libro, hacen de la lectura un ejercicio de amabilidad.

Vicente Balaguer

Paolo CARLOTTI y Mario TOSO (eds.), *Per un umanesimo degno dell'amore. Il «Compendio della Dottrina sociale della Chiesa»*, LAS («Biblioteca di Scienze Religiose», 191), Roma 2005, 506 pp., 17 x 24, ISBN 84-213-0592-9.

Un año después de la publicación del *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia* aparece este volumen que reúne veinticinco trabajos de veintitrés colaboradores, la inmensa mayoría profesores de las universidades pontificias roma-

nas, sobre algunos de los temas que caen bajo el ámbito de la Doctrina social de la Iglesia. Como no es posible dar cuenta aquí de los detalles, se ofrecerá a continuación una breve descripción general de la estructura que agrupa las colaboraciones y finalmente alguna observación de carácter más particular.

Tras una breve presentación de los editores, se recogen enseguida tres intervenciones: la presentación oficial del *Compendio* en la Sala de Prensa de la Santa Sede por Mons. Martino, un trabajo de Mons. Crepaldi sobre el empeño social y político de los fieles laicos y una breve exposición de Mons. B. Forte titulada «De la “crítica social” a la “doctrina social”».

A continuación siguen dos grandes partes que componen el cuerpo del volumen. La primera de ellas titulada «Las dimensiones fundamentales» agrupa diez trabajos que revisten ese carácter general o fundante. La segunda parte del libro, «Las temáticas sectoriales», contiene trece colaboraciones más sobre los temas capitales de la Doctrina social que el mismo *Compendio* desarrolla.

Me limitaré a un comentario entre las múltiples sugerencias que suscita un libro de esta naturaleza. El prof. Carloti se ocupa de la relación DSI-teología moral de un modo que no resulta frecuente y que, a mi modo de ver, permite iluminar tanto el origen como el estado actual de la disciplina. Punto de partida indiscutido es el encuadramiento de la DSI dentro de la teología moral que, madurado durante el posconcilio, tuvo lugar con Juan Pablo II, en pasajes de su magisterio que se han hecho célebres. Más allá de la decisiva clarificación que este paso supuso, su recepción en ambientes académicos y pastorales con todas las consecuencias que comporta está todavía en camino.